

Archivo negro de la poesía mexicana: una radiografía

Aldo Rosales

“LA HISTORIA LA ESCRIBEN LOS VENCEDORES”, aseguran algunos, y esto significa que la versión “oficial” de un hecho, a veces, diste mucho de la forma en que sucedió. Walter Graziano advierte, en su libro *Hitler ganó la guerra*, sobre el riesgo de apegarse a la idea de que la historia debe escribirse mucho tiempo después de que los hechos se hayan presentado. Esta afirmación —casi un mantra para algunos—, ha permitido que a lo largo del tiempo se erijan numerosos tiranos, en el más amable de los escenarios, que los hechos se tergiversen y triunfe una versión incompleta de la historia, una visión sesgada.

En el caso de la poesía en México, uno puede preguntarse quién o quiénes han escrito su historia, quiénes son los responsables del establecimiento de un “canon”. Sería impreciso, por decir lo menos, hablar de poesía y utilizar términos como “vencedor” ya que, indefectiblemente, esto nos llevaría a pensar en su antónimo; sin embargo, sucede. De manera infortunada, en ocasiones se considera “vencedor” al que logra aparecer en las antologías auspiciadas por alguna institución gubernamental y, por antonomasia, “perdedor” al que no es convocado o cuya obra no goza de la difusión y el prestigio de su homólogo. Por tanto, ¿qué pasa con la obra de aquellos que no fueron convocados a las antologías “oficiales”, la obra de aquellos de los que se habla poco?

La colección Archivo negro de la poesía mexicana, editada por Malpaís ediciones, hace la función del historiador, del buen historiador, que no se conforma con lo asentado en las actas y va más allá; remueve el polvo del olvido y trae, de



las sombras que el tiempo arroja, a un grupo de autores de los que, tal vez, no se hable lo suficiente. No es una antología de marginados, ni una “visión de los vencidos” o martirologio de los olvidados: es, simple y sencillamente, un compendio de poéticas alternativas a las que quizás hemos llegado un poco después, pero después no es menos ni es tarde, como afirma Israel Ramírez en la introducción a *Patología del ser*, uno de los libros que componen este archivo. El más grande acierto de la presente antología es, según mi punto de vista, no erigirse como “definitiva” o “mejor”, sino sólo como un punto de reunión de voces porque —y esto lo celebro— los editores comprenden que la poesía, antes que campo de batalla, es punto de reunión; aquí no caben vencedores ni vencidos.

Si la poesía es acaso sólo una luz que alcanza a iluminar las cosas ya existentes, un dedo incorpóreo que apunta hacia donde debemos dirigir la mirada, entonces este archivo es un prisma que descompone la luz de la poesía y la fragmenta en sus diversas tonalidades.

Si cada poética es una luz, una indicación, un dedo que apunta, como ya había dicho, ¿qué es lo que señala este Archivo negro de la poesía mexicana? ¿Hacia dónde apuntan cada uno de los libros que lo componen y, más aún, qué es lo que en conjunto alumbran? Iluminan una ciudad atemporal y acaso inexistente que a veces tiene las trazas de la Ciudad de México y, en otras ocasiones, una ciudad soñada. Calles empedradas con versos vítreos, una reminiscencia de que algo hubo antes ahí y ahora sólo queda la palabra como ceniza. Callejones sin salida donde las palabras, las imágenes, como peces, nadan a nuestros pies y escapan cuando estamos a punto de atraparlos; versos que no se dejan herir de indiferencia ni olvido.

Cada uno de los libros es un pulso, un latir de sílabas que nos transporta al interior de la voz de cada uno de los autores. Desde la taquicardia que es *Híkuri*, de José Vicente Anaya, hasta el latir sereno pero profundo de Raúl Garduño en *Los danzantes espacios estuarios*, pasando por el latido de los pasos

que se dan sobre las calles de la infancia que Miguel Guardia entreteje en *El Retorno y otros poemas*, este Archivo negro construye, con diversos ritmos, una danza de versos.

Son numerosos los vasos comunicantes entre los poetas reunidos aquí; sin embargo, es en sus diferencias (en sus respectivas poéticas que, como señalan los prólogos de algunos, son únicas a pesar de estar inscritas en una cierta corriente o generación) donde yace la vida y el valor de la antología. El archivo es negro no por insondable o inaccesible: es negro por la ausencia de un color definitorio para cada uno, es negro porque atiende a las particularidades y nos entrega un mural de voces a las que es necesario escuchar con detenimiento, con apego.

La poesía, en cada uno de estos libros, lleva el nombre de su autor. Se transforma, hierve, se aleja o se acerca tanto que se adhiere al aliento, pero nunca deja de ser feroz. No hay tregua en ninguno de los poemarios. “La poesía se escribe sola, y se lee ella misma”, afirma Carlos Isla en su *Maquinaciones*, y dicho verso bien pudiera ser el epígrafe que abriera la antología. Los autores aquí reunidos cantan, meditan, observan el fenómeno de la creación poética pero jamás descansan. En sus versos hay afirmaciones tan contundentes sobre la vida, sobre el tiempo y la conciencia, que a veces se duda en volver a abrir las páginas porque se corre el riesgo de no volver a ser el mismo. Esta antología es un puño de semillas que germinan en quien la lee; crece a cada lectura, se resignifica constantemente.

En ocasiones la poesía, la imagen en carne viva, se halla palpable al primer golpe de lectura; otras, se esconde tras el follaje de la anécdota, de trozos de crónicas y testimonios, como en *La oración del ogro*, de Jaime Reyes; sin embargo, nunca se extingue. A veces rescoldo, en otras tantas llamaradas que arrasan el bosque seco de la costumbre, el acto poético vuela de hoja a hoja, rehúye al entendimiento, se escurre en el arroyo suave de cada uno de los libros. Hay, en este archivo, una capacidad mimética indescifrable a veces: se adhiere

tanto al entendimiento, a la cotidianidad, que en ocasiones se antoja imposible recordar si ese verso que nos danza entre los ojos, que nos tintinea en el pecho, se leyó aquí o es una verdad aprendida tiempo atrás. Los versos, aquí, “van de sombra en sombra, escondiéndose, subiendo las escalas de la muerte”.

Los poetas aquí reunidos observan, nunca dejan la labor del ojo alerta. Unos miran al cielo, otros a las calles o a sus congéneres, pero siempre hallan en esta observación una ruta a su propio yo; pasan por la hoja en blanco como quien camina entre la noche, sin certezas pero sin vacilaciones, y se encaminan irremisiblemente al encuentro con su voz. Dejan escapar, de sus heridas de conciencia, abiertas de par en par, pequeños jirones de sensibilidad desmedida. Se saben humanos, se saben falibles, y reconocen en sus páginas que no saben a dónde van sus textos, pero se hallan seguros de que la sola travesía es ya una meta conquistada; saben, también, que el poema terminará por absorberlos o abandonarlos, que no permanecerá en ellos, que lo que han dicho ha dejado de pertenecerles y queda ahí, al aire, para quien decida atraparlo entre el aleteo del párpado lector.

Hay ritmo inefable en estos textos. Pareciera en ocasiones que, más que a la palabra, estos autores han perseguido al silencio y reconocen que la única forma de atraparlo es tender alrededor suyo una delicada red de imágenes mesuradas y limpias, lumínicas. La poesía aquí anuncia su llegada desde el primer momento.

De palabras claras, pulcras y serenas está conformado el archivo. Leerlo es asomarse a la rotonda de los hombres limpios, sinceros. Cada tomo es la lápida donde reposan las voces de estos autores; su verso es epitafio.

COLECCIÓN ARCHIVO NEGRO DE LA POESÍA MEXICANA

Sangre roja, versos libertarios, de Carlos Gutiérrez Cruz

Poema nuevo, de Alfredo Cardona Peña

Los danzantes espacios estatuarios, de Raúl Garduño

Radio: Poema inalámbrico en trece mensajes, de Kyn Taniya

Patología del ser, de Ramón Martínez Ocaranza

El retorno y otros poemas, de Miguel Guardia

La oración del ogro, de Jaime Reyes

Morada del colibrí. Poemurales, de Roberto López Moreno

Maquinaciones, de Carlos Isla 